

Puntilla a la educación

“Se podría hacer un taller de filosofía”, afirmó el especialista en programación de la Escuela de Magisterio que impartía clases a los alumnos del CAP. Era una de las actividades portentosas que se podrían supuestamente realizar en bachillerato, y con las que ilusionaba a los estudiantes de último año de carrera. Mis compañeros y yo nos miramos estupefactos, pues esperábamos una propuesta atrevida e innovadora. Sin embargo, las clases para los futuros licenciados que se preparaban para hacer prácticas en los institutos terminaron sin aclarar en qué diablos podría consistir un taller de filosofía. Tras casi 19 años de docencia ininterrumpida sigo sin saberlo. Es más, la experiencia demuestra que nos podemos poner estupendos recreando maravillosas teorías didácticas sobre el papel. Ninguna sustituye ni mejora los resultados que dan el amor por la materia del verdadero profesor, el interés en sembrar conceptos en la mente de los adolescentes, la habilidad para discernir entre lo importante o secundario que sólo da un conocimiento maduro, transmitir el latido de las preguntas fundamentales que nos hacemos,... Todo ello, con armas más bien tradicionales: la tiza para escribir un mapa conceptual lo más preciso posible, la lectura atenta, y la palabra para extraer y aclarar las ideas de un texto filosófico bien escogido, acompañado de ejemplos adecuados y educativos.

El nuevo Máster en Educación Secundaria de 2 años de duración que tendrán que cursar lo futuros profesores de ESO, Bachillerato y FP, es la herramienta con la que el gobierno de Rodríguez Zapatero pretende mejorar la formación del profesorado. Tras las disputas habituales por los ámbitos de influencia de las facultades implicadas, será impartido en su mayor parte por las facultades de Magisterio y Pedagogía. La prolongación del espíritu de la LOGSE hasta el último eslabón de la cadena educativa para la confluencia universitaria europea acordada en Bolonia, es, en consecuencia, una realidad. Así, un maestro o un pedagogo que no sabe física, matemáticas ni latín, se encargará de enseñar cómo enseñar una materia que ignora a unos niveles que desconoce. No en vano la LOGSE y sus secuelas, como la reciente LOE, son la aplicación y mantenimiento efectivo de las teorías psicopedagógicas que se defienden acríticamente en tales facultades, a pesar del rotundo fracaso que han cosechado.

A partir de ahora, los licenciados, que deberían profundizar su formación en su respectiva disciplina en másters con verdadero contenido, pasarán dos años dedicados a otra cosa: propaganda de la versión oficial de las leyes educativas cuyos efectos reales son soslayados, insistencia machacona en la elaboración de programaciones y documentos que sólo miden habilidades administrativas que nada tienen que ver con un buen profesor, verborrea curricular, lugares comunes sobre la necesidad de aumentar el gasto en educación, y en Baleares, indoctrinación identitaria y lingüística en la que las facultades de educación malgastan casi toda su artillería. Dos años dedicados a la pedagogía de la nada y a digerir consignas políticamente oportunas.

Lo que aquí está en juego es la creación del perfil de profesor adecuado a la degradación del nivel de la enseñanza. Pues la premisa de la que se parte es diferente: no hace falta un profesor lo más experto posible en su materia, sino que un *barniz divulgativo* basta, pues en

el lenguaje pedagógicamente correcto, aquél dejó paso hace tiempo al *educador*. Suponiendo que un buen profesor no sea inevitablemente también educador, la verdad es que si el afán de superación y el esfuerzo por aprovechar las facultades de que uno dispone no motivan la empresa educativa, meta diluida entre objetivos y criterios de promoción laxos, los institutos se convierten progresivamente en guarderías para adolescentes.

No se me malinterprete: es obligación de todo profesor competente preocuparse por que sus clases sean didácticas, claras y, si cabe, amenas. Pero la preocupación por cómo enseñar, no puede eclipsar la inquietud por qué enseñar. Sólo profesores bien formados, que conocen en profundidad su materia, disfrutan de impartirla y hallan respuestas para ambas preguntas. No son los cursos sobre confección de programaciones sino el estudio serio y prolongado de una ciencia lo que les capacita para ello. Ahora bien, si lo que se pretende es reconvertir a los enseñantes en una especie de animador sociocultural exonerado de enseñar lo que no sabe, no debería extrañarnos que los profesores preocupados por la excelencia acaben pensando en la excedencia.

Jorge Arturo Muñoz (en [Balears Liberal](#))